



TEATRO

Perfección en Sánchez y melancolía de Chéjov

'TÍO VANIA'

Autor: Chéjov./ Dirección: Santiago Sánchez./ Escenografía: Dino Ibáñez./ Reparto: Rosana Pastor, Carles Montoliu, Sandro Cordero, Xus Romero, Vicente Cuesta, Paca Ojeda, Carles Castillo, Carmen Arévalo./ Escenari: Teatros del Canal.
Calificación: ★★★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Chéjov sigue creciendo, a pesar de la distorsión a que le someten de vez en cuando. Ha venido a los Teatros del Canal de la mano de uno de los hombres de más talento de la escena española. Santiago Sánchez, fundador de L'Om-Imprebis y al que se deben desde improvisaciones fulgurantes hasta un ejemplar *Galileo Galilei*. O un *Quijote*.

Chéjov nos lo descubrió, en su esencia, Angel Gutiérrez en el Teatro de Cámara, Irina Kourbeskaya en la Tribueña, Juan Pastor en la Guindalera. Que Talía no permita la desaparición de estas salas amenazadas por la racanería de la administración, que no les ayude ni a pagar la luz y el alquiler. En ellas, como en Imprebis, hemos aprendido el mejor teatro y necesitamos seguir aprendiéndolo. En Guindalera anda ahora un Chéjov que hay que ver. Como hay que ver este austero montaje de Santiago Sánchez que, desde siempre, ha bebido de esta ética del sacrificio para llegar adonde está: en la cumbre.

Nadie debe perderse este *Tío Vania* sólido y trabajado. En el escena-

rio de la Sala Verde, a ras de espectador, cuatro muebles, un bosque pintado por Dino Ibáñez y una interpretación coral que no sepulta los matices de las individualidades: la autoridad de los veteranos Paca Ojeda y Vicente Cuesta; el brío desesperado de Sandro Cordero (Vania), la belleza maldita de Rosana Pastor (Helena), las dudas de Carles Montoliu para activar la utopía de Astrov. Y Carles Castillo y Carmen Arévalo. Y, sobre todos, la resignación y el sacrificio de Xus Romero, en Sonia, columna vertebral de *Tío Vania*: conmovedora y espléndida.

El espacio al que te abocas nada más entrar, está pidiendo que te cuenten una historia. Y Chéjov y Sánchez la cuentan y la hacen vivir en ambiente y en los actores.

El mensaje de resignación de Chéjov es desolador. De ahí le viene su tristeza. De ahí parte la melancolía que invade al espectador. El soliloquio final de Sonia es la rendición en aras de nada: una inmoción. Y los mejores momentos de *Tío Vania* son las renunciaciones. El doctor Astrov es un revolucionario teórico y ha de ser el profesor Serebriakov –el parásito, el intelectual plagiario y explotador– el que desde su parasitismo le indica el camino. Una lección notable de teatro cuando la cartelera de Madrid es un escaparate de inusual calidad y brillantez. A malos tiempos, buen teatro. Y mucho. La farándula está acostumbrada a la crisis y a que le nieguen hasta el oxígeno.

RECOMENDAMOS

NO TE
PUEDES
PERDER...



EL REPARTO AL COMPLETO DE LA OBRA.

SANTIAGO
SÁNCHEZ DIRIGE
CON ELEGANCIA
ESTA NUEVA
VERSIÓN DEL
CLÁSICO DE
ANTON CHÉJOV

UNA OBRA DE TEATRO: TÍO VANIA
CUANDO LA VIDA DUELE

Este domingo terminan en los Teatros del Canal las funciones de *Tío Vania*, el clásico de Chéjov que en esta ocasión ha dirigido Santiago Sánchez (compañía L'Om Imprebis) con un amplio reparto encabezado por Sandro Cordero, Vicente Cuesta, Paca Ojea y una recuperada para los escenarios Rosana Pastor. La historia,

que transcurre por entero en el interior de una decadente hacienda señorial de campo, contiene todos los elementos temáticos y estilísticos del teatro chejoviano. Personajes a la deriva, una atmósfera opresiva, diálogos cortantes y la consideración del tiempo como un fenómeno cíclico que une el principio y el fin de las

cosas. La puesta en escena, limpia y sencilla, carga el peso del drama sobre los hombros de los personajes. Conmueven las escenas en las que coinciden el médico, tío Vania, Sonia y Helena. Gesto y declamación naturales; el teatro eso, y nada más.

MÁS INF: CARTELERIA TEATRO Y DANZA

Tío Vania goza de buena salud, por J.C.Deus

12.01.12 | 17:56. Archivado en Teatro, Danza y Espectáculos



El dramaturgo ruso Antón Chéjov escribió Tío Vania cuando el siglo XIX tocaba a su fin. Empezando el XXI, es quizás la obra más representada en los escenarios de todo el mundo. Ante un clásico tan moderno sólo cabe modestia y oficio para salir bien para-

dos. Justo las dos valiosas cualidades que la compañía L'Om Imprebís ha desplegado en esta conmovedora versión que permite escuchar sin interferencias, sentir con plenitud y empequeñecerse ante un testimonio impecadero de la naturaleza humana.

Quizás todos ustedes han visto Tío Vania alguna vez. Ocho personajes que barruntan el terremoto revolucionario a punto de estallar en la Rusia de los zares, pero que lejos de perderse en reflexiones políticas en pos de una imposible solución colectiva, presentan un mosaico de vidas corrientes por el que desfilan algunos de los temas eternos y de las preocupaciones comunes de todos nosotros: qué es la vida, qué hacemos aquí, a dónde vamos, a qué podemos aspirar, cómo realizarnos, cómo superar este doloroso tránsito teñido de rutinas e ilusiones. Cada uno enfrentado a sus dilemas, sin que ninguna revolución pueda resolverlos.

Es la eterna fuerza de esta obra: que después de un largo siglo y tantas revoluciones, después de tanto progreso y tantos cambios, después de tantos 'ismos' redentores y tantos sufrimientos casi inútiles, sigue planteando los problemas que siguen vigentes, los dolores del alma, los males del corazón de los humanos. Una obra tan válida antes de la revolución soviética como después, un atisbo de lucidez prerrevolucionaria y pos revolucionaria, de cuestionamiento permanente.

Por todo ello, este hermoso drama ruso no necesita actualizaciones ni descontextualizaciones, nuevas lecturas ni arriesgadas versiones. Comprendiéndolo así, el director se ha limitado a servir la trama con fidelidad, con economía de medios y con un trabajo actoral sin lucimientos gratuitos. Y hay que decir que el enfoque resulta eficaz.

En un formato de sala pequeña, pero gozando de un espacio tan privilegiado como la Sala Verde de los Teatros del Canal, los actores viven y sufren a escasos metros del espectador, en el 'tercio del siete', en ese espacio peligroso donde la dramaturgia tiene que sonar a verdad completa. Así se hacen merecedores de un notable colectivo más allá de deficiencias puntuales. Como siempre, el nivel lo ponen los actores secundarios, y Paca Ojea como Marina y Carles Castillo como Teleguin están ejemplares. Sandro Cordero hace un buen Vania que recuerda a Sancho Panza, y Vicente Cuesta un buen Sebrinakov que recuerda a Don Quijote. Si nos gusta más Xus Romero que Susana Pastor debe ser porque de los dos personajes, Sonia es más entra-

ñable que Helena. Finalmente, Carles Montoliú encarna a la perfección a ese intelectual contradictorio, tan quejoso y tan ineficaz, que incluso físicamente recuerda al líder más conocido de nuestra Izquierda Unida. El elenco parece un conjunto de personas normales y eso mantiene la obra viva. Tan conocidos personajes tienen aquí aristas y facetas originales y eso mantiene la obra fresca.

La escenografía es mínima pero es eficaz. El cuadrilátero de abedul rojizo donde se desarrolla la acción es un detalle de buen gusto. El bosque inmóvil al fondo, un buen recurso, y el movimiento de los actores, siempre preciso. Teniendo como tenemos especial manía al habitual abuso de movimiento de sillas en escena, puede comprenderse que sea nuestro principal reparo junto a el único recurso innovador de la obra -la imagen onírica de Helena Andreievna siendo vestida por sus dos enamorados bajo una crudísima luz roja-, que puede juzgarse de disgresión. Quizás el sinfónico final se alarga dos minutos de más. Pero en el espacio sonoro, con nuestro querido pianista Enaudi, en la iluminación y en el vestuario, no hay nada que objetar sino todo lo contrario.

Finalmente, junto al bonito final hay que reseñar el bonito principio, momentos clave en toda obra que a veces se descuidan. Nos dice la compañía que estamos ante una metáfora sobre la miseria que se esconde en nuestras rutinas y sobre la posibilidad de luchar por una vida mejor y conseguirla. Pero más bien nos parece lo contrario, una metáfora sobre el refugio reparador de las rutinas cotidianas y la imposibilidad de conseguir ese absurdo llamado 'una vida mejor', hablando en el terreno en que se mantiene Chejov, en el del destino individual y no en el del cambio social, en el de la realización espiritual y no en el de las condiciones materiales de vida.

Esta compañía es muy destacable dentro del panorama teatral español. Veterana, estable, y a la vista de este trabajo, dialogante y culta. Con una media de doscientas representaciones anuales, compagina sus giras en España con una amplia proyección internacional. Su trabajo es variado, desde textos clásicos a autores contemporáneos, con improvisación en vivo y humor directo. A ellos y a otros como ellos les toca hacer frente a la burbuja de la culturilla subvencionada. Pueden hacerlo.

ENRIQUE CENTENO

TEATRO CRÍTICO

<http://enriquecentenoteatrocritica.blogspot.com/2012/01/tio-vania.html>

17 de enero de 2012



El fracaso de los amores

El doctor Astrof es un entrañable personaje. Es la soledad de la naturaleza, el gozo en sus paseos entre las plantas y los bosques. Expresa sus sentimientos en un largo texto hermosísimo; un canto poético que casi lo relacionamos con una

égloga garcilasiana. Pero hay otro amor oculto, imposible; la esposa de Serebriakov, dueño de esta finca donde transcurre la acción.

Le sirve a Chéjov este lugar para mostrar un encuentro familiar plagado de problemas, de encuentros tensos y críticos. Es el primer testimonio del autor mostrado en *El tío Vania*, anterior a la decadencia social en su *El jardín de los cerezos* –quizá el más grande de su obra–, ya en el año inmediato a la Revolución bolchevique.

Perteneció nuestro autor al Teatro del Arte de Moscú, renovador –al que se dedicó el nombre de La Gaviota– cuyo avance, con Chéjov, se debió al creador y director Stanislavski. Lo mencionamos a propósito de este estupendo montaje de *Tío Vania* que nos ha ofrecido la compañía valenciana L'Om Imprevís. Es verdad que el trabajo actoral es ejemplar, en manos del director Santiago Sánchez, siguiendo las lecciones del ruso. Y, sin embargo, no puede aletear el naturalismo.

La obra se representa en un espacio libre y sin decorado. Sus personajes actúan sobre la sencilla moqueta roja. Es difícil entender este drama realista; imaginarse el mundo en el que se introdujo Chéjov; sumirnos en esa explotada finca y en su caserón; de ver los abusos de Serebriakov de los poderes desnudos. Sánchez sí ha contado con la creación de actores bien conocedores de las leyes de Stanislavski, sin utilizar la conocida cuarta pared –cerrada– obligatoria en las tendencias, ni siquiera una sola pared o las ventanas por las que se ven los lugares. Incluso el público puede ocupar los laterales abiertos. Se rechazará o no el testimonio de aquella Rusia prerrevolucionaria que nos enseña Chéjov y que nos obliga imaginar aquella sociedad. No importa. El hecho es que el público se entrega entre los actores y los personajes. Es el regalo de un reparto formidable, la mayor parte de los intérpretes ya usuales en L'Om Imprevís. El sencillo Doctor Astrof, ya mencionado, enternece en su soñado amor hacia Helena, y lo retrata con brillantez Carles Montoliu. Y la bella y joven esposa del dueño, con su inteligencia endulzada por la actriz Rosana Pastor. Es la segunda esposa del supuesto intelectual, conservador y terrateniente de su posesión, hostil y soberbio como en un sillón real: interpreta este Profesor Serebriakov el actor Vicente Cuesta. Es Sonia, hija del primer matrimonio, quien permanecerá siempre –así continuará, como asegura al final–, trabajando en la finca, con su imposible

deseo de unirse a su Tío Vania –cuñado-, creación formidable del actor Xus Romero. Sandro Cordero -otro veterano de la Compañía- se transforma en el principal personaje, el familiar Vania, trabajador, admirador y confiado de Serebriakov; sumiso y ocupado, reaccionará después descubriendo el falso prestigio de ese sujeto. Paca Ojea, conocida en décadas como obediente al “Método” –Stanislavski- demuestra su talento en la nodriza Marina. El viejo amigo Teleguín destacará en sus intervenciones, como en su guitarra que hace bailar a toda la familia; lo hace con mucha brillantez Carles Castillo. Y en su aparente secundario, la viuda se perfecciona estupendamente con Carmen Arévalo.

Solo con excelentes actores es posible representar ejemplarmente a este Chéjov maestro en la creación del naturalismo en conocimientos e incomparables textos. Y aquí, todo es perfecto; aun sin escenario.